

terialistas. Ni aun en el culto a las glorias más puras, las de la inteligencia, somos tolerantes. El laditutelamiento es aquí pecado hasta para los que presumen de ser descreídos, librepensadores y espíritus fuertes. Nadie puede llamar suyo a Galdós. En su luminoso espíritu hay tanta luz, que ciega a algunos. En su ideología hay delicados matices. En totalidad, nadie puede estar conforme, de acuerdo en absoluto. Y, sin embargo, hombres de muy distintas confesiones, doctrinas y escuelas estéticas forman en Los Amigos de Galdós. Común a todos los hombres debe ser la simpatía admirativa, el espíritu de justicia (tal y como lo analizó Pérez de Ayala) y a la bon-

dadosa propensión educadora del maestro. Justicia, bondad y belleza son los lemas del escudo galdosino. Y si al hombre le rinde esa trinidad, al español debe atronarle el sano hondo españolismo del maestro, y a la mujer seducirla el respeto que por la mujer demostró en sus obras, y a los niños, alegrarlos el saber que este autor les dió libre entrada en la literatura española, que invadieron riendo, saltando y haciendo mil endiabladas travesuras, con las cuales hacían sonreír gozoso, cual a un dios, al maestro, a don Benito Pérez Galdós.

ROBERTO CASTROVIDO

(La Voz, Madrid).

Caperucita Roja

(Fantasía escénica)

Tercera Parte

En la misma habitación, a media noche. La abuela, con la cabeza caída sobre el pecho y la cofia torcida hacia el lado izquierdo, duerme en su silla de paja. También duerme Caperucita con un brazo fuera de las cobijas. El perro, en dos patas, forcejea por quitar la tranca de la puerta y descorrer la aldaba. Lo consigue al fin y abre una rendija pequeña, por la cual asoma el hocico afuera, diciendo:

—Ya está. ¡Lo que me ha costado! En mi caseta no hay, por suerte, estos embelecocos y me falta la costumbre de... No hagáis ruido y procurad haceros angostos al pasar para no abrir una rendija demasiado grande, pues el aire frío dañaría a mi amita.

(Se aparta y entran en puntas de pie, el lobo, Barba de Plata, la Gigantona, Gajo del Sauce, el Vendedor de Arena y el Hada del Bosque. Todos, con mil precauciones, avanzan hacia la camita de la niña y se sitúan a su alrededor, cuchicheando, sonriendo con cariño, inclinándose amorosamente hacia ella).

LA GIGANTONA. — Arenero: pon gruesas piedrezuelas sobre los párpados de la madre y la abuela, no sea que despierten.

EL VENDEDOR DE ARENA. — Bueno, «pequeña». Ayúdame tú a bajar este saco. Está lleno y pesa... Con el deseo de venir a ver a la niñita, no hice mi tarea esta noche. Casi toda la gente del mundo va a pasar sin dormir, a pesar de que el Cansancio y el Vino, mis auxiliares, algo habrán hecho...

(Mientras desamarra el saco charlotea, bajito):

—Pero el sueño que ellos dan no es como éstos ¿eh? Pedruscos de buena ley, mi «pequeña» Gigantona.

(Toma un puñado de ellos y pregunta a su inmensa amiga):

—¿Cuáles?

LA GIGANTONA. — (Impaciente). Los más gruesos, viejo charlatán, apresúrate.

(El Arenero inclina hacia atrás, suavemente, la cabeza de la abuela y pone sobre sus ojos dos piedrecitas blancas).

EL VENDEDOR DE ARENA. — (Malicioso). Ahora soñará que tiene 20 años y que anda de novia con un buen mozo. ¡Veréis qué cara pone!

(El viejecillo va hacia la cama de señora Martina, se mete entre las cortinas y luego sale, restregándose las manos).

EL ARENERO. — A la señora Martina le puse dos grandulones pedruscos dorados. Esta noche va a hacer negocios a granel y a realizargan ancias fabusas.

(Todos ríen).

EL HADA. — (Con gracia). Sí, reís, reís, porque bien sabéis que nuestra Caperucita sólo tiene un inofensivo sarampión. Pero había que veros la cara hace un par de horas...

LA BRUJA. — ¿Nosotros solos, Flor de Maravilla?

EL HADA. — ¡Ay, pobre chiquita, cuánto la queremos!

BARBA DE PLATA. — (Enternecido). ¡Mi nietecita! Está con los carrillos como si se hubiera embadurnado toda con moras maduras. ¡Pícara enfermedad!

LA GIGANTONA. — Despiértala, Arenero. ¡Veréis qué contenta se pone al vernos!

EL HADA. — (Con inquietud). ¿No le hará daño?

LA ABUELA. — (Entre enérgica y con visajes de cómica finura). Sois muy amable, Francisco Gontrán... ¡Ay, qué hermosas flores! ¿Por qué os habéis molestado?

(Todos, riendo, vuelven la cabeza hacia ella).

EL ARENERO. — (Triunfante). ¿No os lo dije?

LA GIGANTONA. — Sopla los ojitos de la niña, viejo.

(El Vendedor de Arena se inclina hacia la pequeña enferma y sopla suavemente sobre sus párpados).

CAPERUCITA. — (Despertando a medias). Tengo calor... Quiero agua, madre.

BARBA DE PLATA. — Hijita... hijita...

CAPERUCITA. — (Despertando del todo). ¡Oooh!

TODOS A LA VEZ. — ¡Niña querida! — ¡Nuestra amiguita!

— Hemos venido a verte.

— Y te traemos regalos...

— ¿Estás mejor, no te duele nada?

EL PERRO. — Yo, yo les abrí la puerta, amita. ¿Eh? Decid vosotros: ¿no es cierto que fuí yo? ¿No es cierto? Y yo les avisé que estabas enferma, amita. ¿No es verdad que fuí yo? Decid vosotros: ¿no es verdad? ¡Amita mía, mi amita!

LA GIGANTONA. — Sí, sí, fuiste tú, torbellino. ¿Quién lo niega? Sosiégate, que vas a cansarla.

EL PERRO. — Yo, cansarla... ¡Vieja torre!

BARBA DE PLATA. — ¿Vais a reñir ahora?

LA GIGANTONA. — El...

EL PERRO. — Ella...

BARBA DE PLATA. — Parecéis chiquillos. Oye, Vigilante: ponte quieto, ¿eh? Sé generoso; tú puedes ver a la niña a todas horas. En cambio, nosotros... Tú eres inteligente y noble...

(El perro lame la mano de Caperucita y, tocado en sus buenos sentimientos, capitula y va, aunque rezongando entre dientes, a echarse junto a la puerta. Mientras tanto, Caperucita se ha incorporado con sigilo, y el Hada y la Bruja la arropan cuidadosamente).

CAPERUCITA. — Me duele la garganta...

TODOS. — ¡Pobrecilla!

— ¡Mucho?

— No te destapes, hijita.

CAPERUCITA. — Ahora estoy mucho mejor. Pero esta mañana... ¡Uy!

SEÑORA MARTINA. — (A gritos). ¿Un puerquito por un canasto de uvas?... Está usted loca, madre Samblet. Para tanto...